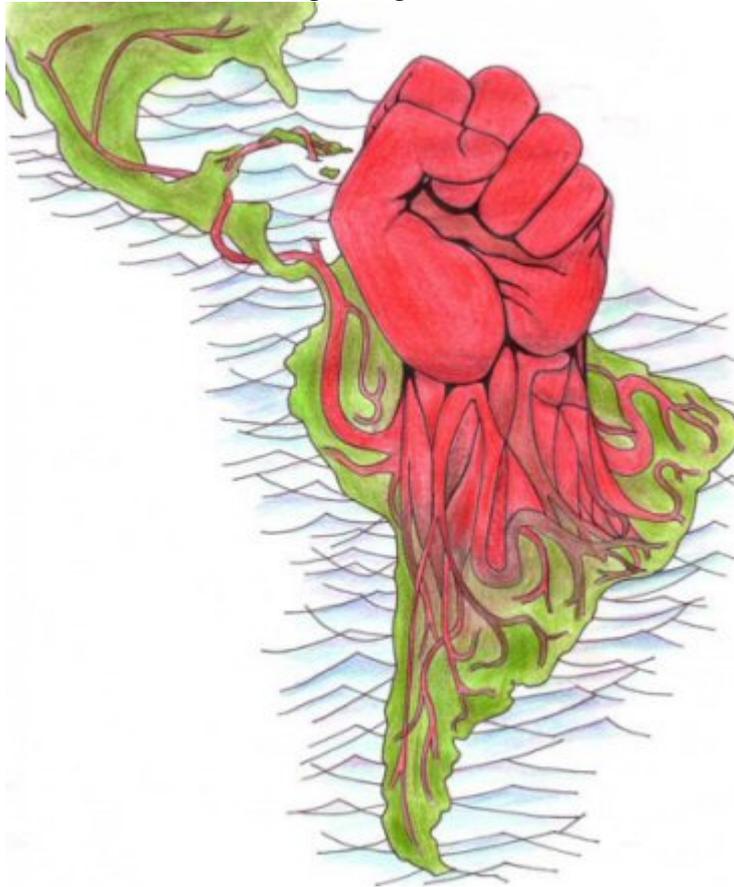




HISTORIA DE LA NACIÓN LATINOAMERICANA

Enviado el lunes, 22 de diciembre a las 11:47:18 por editor

La patria grande



«Años vendrán con el transcurso de los siglos, en que el Océano, abriendo sus barreras, nos dejará ver un país de extensión inmensa, un mundo nuevo que aparecerá dentro de los dominios de Thethis; y no será Tule el límite del Universo.»

Séneca

,que era español (nació en Corduba, en la provincia romana de la Bética (actualmente Córdoba, en España) Siglo I, a. de C.

INTRODUCCIÓN

El propósito de este libro es estudiar de cerca un gran naufragio histórico. Descifrar el secreto de una inmensa Atlántida velada por el tiempo: ¡nada menos!

Nos propusimos averiguar si América Latina es un simple campo geográfico donde conviven veinte Naciones diferentes o si, en realidad, estamos en presencia de una Nación mutilada, con veinte provincias a la deriva, erigidas en Estados más o menos soberanos.



El concepto de Nación es anacrónico para la mayor parte de los europeos, sólo en el sentido de que han realizado hace ya mucho tiempo su unidad nacional en el marco del Estado moderno. El nacionalismo de los europeos es tan profundo, arraigado y espontáneo, bajo su manto imperial de generoso universalismo, que únicamente se advierte cuando otros pueblos, llegados más tarde a la historia del mundo, pretenden realizar los mismos objetivos que los europeos perseguían en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Resulta cosa de meditación percibir entonces su afectada indiferencia (teñida de un sutil desprecio) hacia los importunos brotados en las márgenes del mundo civilizado. Es el momento que los europeos eligen para subrayar en los nacionalismos de los países coloniales su fosforescencia folklórica, su pintoresca filiación religiosa o sus evidentes rasgos semi-bárbaros. De la virtuosa derecha a la izquierda neurótica en Europa se manifestó -educativo ejemplo- un sentimiento general de repudio hacia el abominable Khomeini. El Ayatollah ha puesto el dedo en la llaga del próspero Occidente. No faltaron a la cita ni el feminismo marxista ni el liberalismo imperial: el común horror hacia la teocracia islámica los encontró unidos.

Apenas el irredentismo irlandés permanece como una mancha sangrienta en la órbita declinante de Inglaterra. Pero aquellos grandes momentos del nacionalismo decimonónico, desde Marx a Lord Byron hasta Garibaldi, ya son vetustas reliquias. A nadie le interesa recordar en el Viejo Mundo que la rapidez prodigiosa con que avanzó Europa Occidental hacia la civilización técnica (y EE.UU., desde la guerra civil de 1865) se produjo gracias a la formalización jurídica y arancelaria del Estado Nacional unificado, luego de eliminar el poder social de las clases pre-capitalistas.

Al permitir una desenvuelta interrelación económica, política y financiera entre todas las partes constituyentes de la Nación, el capitalismo remontó un asombroso vuelo. Desarrolló tal poder multiplicador del aparato productivo con el invaluable auxilio de un expansivo mercado interno, unido a una lengua nacional que procuraba la frontera político-cultural de un Estado, que bien pudo considerarse al siglo XIX como el siglo del movimiento de las nacionalidades. Al mismo tiempo y a la inversa, América Latina perdió la posibilidad de reunirse en Nación y avanzar hacia el progreso social, tal como lo hacían los Estados recién unidos en el norte del continente americano. Los norteamericanos libraron una cruel guerra civil para abolir la esclavitud. Así unieron su país contra el separatismo esclavista del sur agrícola, sostenido por los ingleses. En una dirección opuesta, las oligarquías agro-comerciales de los puertos se imponían en América Latina sobre las aspiraciones unificadoras de Bolívar, San Martín, Artigas, Alamán, Morazán. La generación revolucionaria de la independencia pereció en las reyertas aldeanas. Fue la ocasión que los hábiles diplomáticos ingleses y norteamericanos, los Poinsett o los Ponsonby, aprovecharon para aliarse a la burguesía comercial y a los hacendados criollos, "la hacienda y la tienda". Y premiaron con un silencio sepulcral a los hambrientos soldados de Ayacucho. Estos soldados criollos habían expulsado de América Latina un Imperio que mantenía unidas a sus colonias, sólo para ver insertarse en ellas a otros más poderosos, que ayudaron a su independencia a condición de que permanecieran desunidas. Serían Repúblicas solitarias con soberanía formal, y economías abiertas.

En cuanto al inmenso Brasil, ocurrió algo muy curioso. Por un sorprendente giro de la historia, se transformó de colonia del imperio portugués, en capital del imperio, pero sin



Portugal, en poder de los franceses. Sacudido por incesantes levantamientos y revoluciones, produjo republicanos, místicos, rebeldes y hasta socialistas, pero ninguno de ellos reclamó la abolición de la esclavitud, que había sido suprimida en el resto de América Latina en la primera década de la independencia. Entre el librecambismo británico y el sudor de los negros parasitaba el Brasil Imperial: todos los integrantes de esa sociedad, "hasta los más pobres y desamparados", como dice Decio Freitas, vivían a expensas del trabajo de los esclavos.

El antagonismo de siglos entre el Reino de Portugal y el Reino de España, se trasladó a la América revolucionaria hasta nuestros días, gracias a los diligentes británicos, el "máximo común divisor" en la integridad de pueblos ajenos. Argentina y Brasil heredaron esa rivalidad, que era prestada. Por esa razón se elevó un muro entre ambos países, que afortunadamente ha sido derribado para siempre con el promisorio nacimiento del Mercosur.

Por su parte, Cuba era colonia española (hasta 1898), y como en el caso de Brasil, no participó de las guerras de la Independencia, que habían forjado lazos de sangre entre las patrias chicas de los viejos Virreinos y Capitanías Generales. Como resultado de todo lo dicho, la independencia respecto de España, al no lograr mantener simultáneamente la unidad, eclipsó por un siglo y medio a la gran nación posible.

En otras palabras, América Latina no está corroída solamente por el virus del atraso económico. El "subdesarrollo", como dicen ahora los técnicos o científicos sociales, no posee un carácter puramente económico o productivo. Reviste un sentido intensamente histórico. Es el fruto de la fragmentación latinoamericana. Lo que ocurre, en síntesis, es que existe una cuestión nacional sin resolver. América Latina no se encuentra dividida porque es "subdesarrollada" sino que es "subdesarrollada" porque está dividida.

La Nación hispano-criolla, unida por el Rey, creada en realidad por la monarquía española, se convirtió en un archipiélago político, una polvareda confusa de islas múltiples, gobernadas por los antiguos oficiales de Bolívar o San Martín. Los jefes bolivarianos se habían sumido en la decepción o se habían corrompido en el poder; se dejaron mimar por los exportadores y hacendados. Estos se relamían los labios al atrapar, después de la sangre, las pequeñas soberanías, trocadas en prósperas satrapías. Esa historia se narra aquí.

A diferencia de las "historias" usuales de América Latina, que reproducen en la literatura el drama formal, pues describen las historias particulares de cada Estado a partir de la muerte de Bolívar, país por país, sin rastrear sus vínculos de origen, sin considerarlos como parte de una Nación desmembrada, que omiten evocar a los pensadores iberoamericanos que fueron la conciencia despierta de una América Latina entrevista como una totalidad histórica, por el contrario, este libro aspira a recrear como un conjunto todo lo que fue, lo que es y lo que será.

Durante décadas aparecieron libros sobre la "argentinidad", la "peruanidad", la "bolivianidad" o la "mexicanidad", en cantidades ingentes.



Todos andaban a la busca de su propia identidad nacional o cultural, pero pocos se consagraron a redescubrir la identidad latinoamericana, que era la única capaz de permitir que América Latina, con todas sus partes, se delimitara como un poder autónomo ante un mundo codicioso y amenazante.

En tal situación, no podía extrañar que desde el ocaso de los grandes unificadores, y hasta nuestros días, se reiteraran políticas y emprendimientos tendientes a hipertrofiar las diferencias o ahondar las particularidades.

Como cabía esperar, producida la Independencia de España, las nuevas estructuras contaron con sus obvios ejércitos, escudos, empréstitos ingleses, Constituciones, Códigos Civiles, héroes y villanos, y, por añadidura, con una literatura preciosa, hija de los puertos cosmopolitas y hasta con una historia para "uso del Delfín". Todo era chiquito, mezquino, provincial, pero cada Estado miraba por el rabillo del ojo hacia las nuevas Metrópolis anglosajonas, buscando en ellas las señales de aprobación.

Relataba el dramaturgo mexicano Rodolfo Usigli, que los intelectuales de su época acostumbraban referirse a sí mismos como miembros de la generación de "postguerra". Ahora bien, decía Usigli, en México no hemos tenido una guerra, sino una Revolución.

Pero aunque en Europa habían sufrido una guerra y no una Revolución, los cultores del espíritu en México se sentían hijos de una guerra vivida por otros, en lugar de serlo de una Revolución que había conmovido su país hasta los cimientos. Todo resultaba una copia miserable.

Sólo así podía concebirse que el historiador boliviano Alcides Arguedas, alquilado por el magnate minero Simón Patino, como historiador "con cama adentro", fuera el vocero de la cultura boliviana en el mundo o un anglo-bizantino del género de Borges hiciera de arquetipo de la literatura argentina. El darwinismo social hizo furor y aún domina el pensamiento inconfeso de las "élites" criollas. El programa de Borges no adolecía de oscuridad. Lo resumió en dos epigramas: "América Latina no existe"; y la segunda: "Somos europeos en el destierro".

Desde que Europa tomó posesión de América Latina a partir de la ruina del Imperio español, no solo controló el sistema ferroviario, las bananas, el café, el cacao, el petróleo o las carnes. Consumó una hazaña mucho más peligrosa: influyó sobre gran parte de la intelligentsia latinoamericana y tendió un velo sutil entre la trágica realidad de su propio país y sus admirados modelos externos. Así, hasta los rebeldes de aldea, y hasta las doctrinas de "liberación", llevaban la marca del amo al cuello. Con el sello de Occidente, eran como cartas de navegación erróneas, preparadas para extraviar a los viajeros.

Todo lo latinoamericano o criollo fue despreciado o detestado. Desde la Ilustración o aún antes, no faltaban antecedentes para ello. Desde Buffon o el Abate de Paw, hasta el más lozano egresado de alguna Facultad de Sociología o Historia en la última parroquia, desdeñaban la inmensa tierra bárbara.



Los europeos en tiempos de la Conquista, la Ilustración luego, no podían siquiera imaginar que otros mundos no recorriesen, ni en su fauna, flora o historia, diferentes caminos que los que había conocido el continente-modelo. Aplicaban al Nuevo Mundo su propia clasificatoria: así, para Buffon o Voltaire, en América Nueva pululaban leones calvos y tigres minúsculos. Por el contrario, los reptiles y alimañas eran de tamaño gigante.

Indios asexuados e insectos enormes, la Terra Nova, era para algunos, demasiado joven; para otros, demasiado vieja.

A Hegel se le antojaba que aquí no había historia, sino pura naturaleza, que como se sabe, aborrece al Logos. Marx y Engels, por su parte, cuando no encontraban manipulaciones de hierro en alguna sociedad extra europea, la situaban en el "estadio medio de la barbarie", lo que les venía de perilla a incas y aztecas.

El conde de Keyserling explicaba ¡todavía en 1930! a las bellas propietarias de tierras de la refinada Buenos Aires, que América era el continente del tercer día de la creación, ardua jornada que Dios empleó en crear el mar, la tierra, las plantas y la flora. También, según el noble germánico, éste era el asombroso suelo de la "sangre fría". Don Pío Baroja no iba a quedarse atrás: juzgaba al americano del Sur como "un mono que imita" y a América Latina como un "continente estúpido".

La denigración europea se fundaba en la necesidad de ignorar y desacreditar aquello que esquilmbaba. La auto denigración de la intelligentsia latinoamericana reposaba, por su parte, en el hecho de que estaba obligada a vivir de la clase directamente dominante, la oligarquía, que no era una clase nacional sino por su residencia e intereses. Cuando la intelligentsia en las última décadas, observa la desespiritualización y codicia del mundo occidental, se "izquierdiza" por un momento y ronda en la periferia del stalinismo, al que supone ambiguamente encarnación del ideal socialista. La catástrofe de la sociedad burocrática inicia otro movimiento pendular hacia la "democracia" capitalista. "Occidentales" o "marxistas", gran parte de los intelectuales pierden su antigua seguridad científica. Pero conservan su aversión académica {académica burguesa o marxista) hacia la sociedad criolla tal cual brotó de manos de la historia. Su utilitario objetivismo la mantiene distante del movimiento histórico vivo en nombre de "un rigor" puramente verbal, que le permite, por lo demás, conservar su "universalidad" y los medios de vida. En el último de los intelectuales latinoamericanos de tipo universitario resuena un eco del Abate Paw.

Excepción hecha de los grandes latinoamericanistas del 900 -Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Joaquín Edwards Bello, José Ingenieros, Manuel González Prada, Rufino Blanco Fombona y muchos otros- gran parte de la intelligentsia consumía sus vigiliass torturada por las obsesivas modas de la Grande Europa. Por ejemplo: a fines del siglo XIX resurgía el helenismo en Francia y en toda Europa. La crisis entre la burguesía liberal y la Iglesia Católica, asumía la forma indirecta de una revalorización estética de los nobles modelos de la antigüedad.

Y como no podía ser menos, en América Latina aparecieron puntualmente los helenistas nativos: en el Altiplano boliviano, un profeta tonante y barroco, Franz Tamayo, a la vez



indio y terrateniente de indios, escribía *Las Oceánidas*; Lugones, en la Argentina ganadera, publicaba *Estudios Helénicos* y *El ejército de la Riada* en México, la más grande figura intelectual de la Revolución nacida en 1910, Vasconcelos, invertía por una senda propia el legado franco-griego: exaltaba la búsqueda de un camino nacional en *Prometeo vencedor*.

A su turno, Alfonso Reyes concebía refinadísimas tragedias griegas; Ricardo Jaime Freyre soñaba brumosas mitologías escandinavas.

La patente francesa "imprimía carácter" a la inteligencia latinoamericana y la esterilizaba en el acto; y el librecambismo anglosajón cegaba enseguida toda cultura industrial nativa.

En la historia latinoamericana, sobre todo a partir de 1880, aparecieron una veintena de microsociedades en cada una de las cuales no faltaban ni una "burguesía nacional", ni un "proletariado", ni una "pequeña burguesía", según estatúa la prestigiosa clasificación marxista europea. Claro está que todo lo latinoamericano aparecía en un nivel más bajo, bajo una forma monstruosa o insólita, sea como un Tirano Banderas o un puñado de coroneles-terratenedores que desafiaban todas las clasificaciones.

Si Europa producía un arte simbólico, inspirado en las formas del hombre primitivo, en ciertas partes de América Latina esto era pura pintura figurativa, ya que el exquisito salón de arte moderno de Lima, pongamos por ejemplo, no estaba demasiado lejos del selvícola de Iquitos o del cazador de caimanes del Amazonas. Estas sociedades imitativas ofrecían asombrosos contrastes. A partir de la "balcanización", se dictaron códigos burgueses que debían servir a estructuras latifundistas fundadas en la servidumbre personal. Tales códigos habían sido en Europa el resultado de una revolución que había dividido las tierras de la nobleza para entregarlas a pequeños propietarios. En América Latina esos códigos eran empleados para garantizar la estructura agraria arcaica.

Se importaban, asimismo, las formas vacías de un liberalismo formal para pueblos que no habían conocido sino dictaduras semi-seculares o el parloteo incontenible de Parlamentos elegidos por el fraude, integrados por diputados venales. Todo se acarrea de afuera, pero todo era pacotilla, pues nada se adaptaba a la realidad latinoamericana, como aquellos gruesos abrigos de piel que usaba el patriciado de Río de Janeiro en el siglo XIX, sudando a chorros en el trópico y harto satisfecho de que también se usaran en Londres, de donde se importaban.

Calurosos abrigos para tierras cálidas resultaron ser los productos socialistas, liberales y marxistas que llegaron desde lejos. En su primera etapa, unos respondían al preclaro modelo del laborismo de su Majestad Británica; otros a la inescrutable política soviética, ya muy lejano del brillo ígneo de aquel Octubre. Los demócratas profesionales, empapados de juricidad y de las polvorientas premoniciones de Alexis de Tocqueville, por su parte, diseñaban un pequeño Capitolio blanco para cada parroquia, trocada en República.



Esta combinación sincrética de cultura liberal inauténtica y de marxismo importado para intelectuales "envía de desarrollo", según Augusto Céspedes, dio sus frutos. Pues junto a los ferrocarriles o usinas*, los grandes imperios introdujeron en estas sociedades indescifrables un estilo de pensamiento que modeló la historia, las ideas políticas, la sociología, el proceso cultural, las artes y las costumbres.

No pocas particularidades de América Latina encontraron obstáculos para desenvolverse por un camino propio bajo la insinuante y deslumbrante presión occidental. Desde la derecha o la izquierda, la extranjería reinó soberanamente, tanto en las estadísticas de exportación como en el modo de interpretarlas.

De tal suerte, América Latina resultó ser el suelo ideal de politiqueros, terratenientes y expertos extranjeros. La ciencia social se alejó todo lo posible del drama real, aún en aquellos casos que parecía estudiarlo. Envanecida por un supuesto "rigor científico", la ciencia social se vio impregnada hasta la médula del empirismo sociológico de cuño norteamericano, con su ficticio carácter neutro, o del marxismo-leninismo, petrificado en una escolástica indigerible, fundada en un "homo-economicus" archi-metafísico. La coincidencia entre ambos se manifestaba en el desconocimiento común de la cuestión nacional de América Latina. Reducían todo el drama, según los casos, a:

- 1) Un supuesto duelo entre la burguesía y el proletariado, en el interior de cada Estado.
- 2) Fundar el crecimiento económico mediante la repetición nativa del capitalismo europeo, en el marco político de una "democracia" formal de dudoso cuño.
- 3) Repetir de un modo elíptico la versión provincial de una historia falsificada.

Si el Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, del Paraguay, era un dictador neurótico para Carlyle, era natural que también lo fuera para la historiografía latinoamericana; la condenación legendaria de Juan Manuel de Rosas era de oficio; para los calvinistas de Nueva Inglaterra, el católico Lucas Alamán era un "reaccionario" puro y simple. ¡Debía serlo sin duda para los mexicanos!

La tentativa de reproducir las "formas" de los conflictos políticos, jurídicos o religiosos europeos o yanquis en América Latina, prescindiendo de sus contenidos históricos reales, tuvo pleno éxito. Un ejemplo notable: el enfrentamiento del despotismo ilustrado borbónico con la Compañía de Jesús, asumió un significado muy claro en Europa, aunque invirtió su signo en América Latina. En el Nuevo Mundo se expresó contra las Misiones jesuíticas.

Pero aquí todo era diferente. Pues los jesuitas defendían a los indios, en lucha constante contra los "bandeirantes" del Brasil que los cazaban en las Misiones, para reducirlos a la esclavitud en las tierras del Oeste. El anticlericalismo, bajo este aspecto, y en América del Sur, era una simple máscara de esclavistas y latifundistas. Tal es otro de los temas de esta obra.

A propósito de la contradicción entre forma y contenido, es educativo recordar que en la sociedad esclavista del Brasil Imperial o Republicano, los propietarios de negros eran



positivistas y gramáticos sutiles. El escudo brasileño lleva aún la divisa de Augusto Comte: "Ordem e Progreso". En la avanzada Argentina del siglo XX, matar de un balazo a un indio "colla", peón en una finca del Norte Argentino, carecía de consecuencias penales para el asesino, dueño de la finca, probablemente Senador nacional por su provincia, y, naturalmente, firmante de leyes y proyecto de leyes. En México, ¿no eran los "científicos", y sus amigos plutócratas del porfiriato, la crema de la inteligencia, en un océano de peones sin tierra y de indios sin destino? ¿No fue Sarmiento y no lo es todavía, uno de los venerados próceres de América Latina (sobre todo de la oligarquía argentina) aclamado hasta en la Cuba de Fidel Castro? ¿Pero no es Sarmiento el más indudable degollador de gauchos, y propagandista literario del degüello? ¿No han circulado, acaso, en América Latina sus cartas al General Mitre, otro semidiós del Parnaso Oligárquico, en las que le aconseja que "no ahorre sangre de gauchos que es lo único que tienen de humano"?

En su favor, es preciso reconocer que fundó la Sociedad Protectora de Animales, entidad que aún subsiste, pues el célebre educador era más compasivo con los perros que con los gauchos. Numerosos "marxistas" de nuestro tiempo rinden culto a Sarmiento, a Mitre y a otros Santos Padres de la historia que se cree. Escojo al azar algunas perlas; pero toda la historia de América Latina ha corrido por las manos de monederos falsos.

En definitiva, ¿acaso el carácter semi-colonial de la América Latina disgregada y la pérdida de su conciencia nacional no se prueba en no pocas de sus Universidades? Muchas han sido sensibles como la cera para grabar en ellas la tipología de las preferencias u ocurrencias europeas o norteamericanas, académicas o iconoclastas, en materia sociológica, económica o política. Aunque esta influencia deformante se expresara en el pasado desde una óptica de respetabilidad conservadora y luego asumió la atrevida máscara de un "izquierdismo abstracto", en sustancia no ha variado el espíritu cortesano, ya que los grandes temas de la Nación inconclusa, permanecen intocados para ellos.

Esa coincidencia esencial entre unos y otros, radica en ignorar que sólo se devela el enigma histórico de América Latina con la fórmula de su unidad nacional.

Resulta irrelevante que unos se consagren a plantear el "desarrollo" de cada una de las Repúblicas latinoamericanas mediante los auxilios del capital extranjero; o mediante el crecimiento independiente del capitalismo nacional; o a través de la revolución socialista, si cada uno de los arbitristas rehúsa considerar a América Latina como el espacio político de una Nación no constituida.

José Stalin había pretendido transformar el inmenso imperio zarista en un "socialismo en un solo país". Sus herederos, y los adversarios de sus herederos (los trotskistas) así como los adversarios de ambos, herederos a su vez de Mao, fantasearon hacer de América Latina el paraíso de veinte socialismos, de veinte gobiernos obreros y campesinos, de veinte dictaduras proletarias, es decir, concibieron todos los requisitos prácticos y teóricos para fracasar puesto que estos veinte Estados no tenían y no pueden tener un destino singular.



Son "naciones no viables". Pero forman, entre todas una Nación formidable. De otro modo, véase el destino actual de Cuba, encerrada entre el monocultivo y el mar, entre la venta de azúcar y su insularidad sofocante.

No era por cierto el "fantasma del comunismo" el que recorría Europa, según las palabras de aquél ardiente joven Marx. Lo que recorría Europa en 1848 era el fantasma del nacionalismo, de la revolución burguesa, que seguía su hacia el este y sur y ante la que se abría un largo camino histórico.

Es bastante significativo a este respecto que al día siguiente de redactar con Engels el Manifiesto Comunista, estallara la revolución antifeudal en Europa y Marx viajara al sur de Alemania para redactar la Nueva Gaceta del Rhin, órgano de la burguesía democrática alemana.

Si la burguesía ha resuelto ya en el Occidente capitalista su cuestión nacional hace siglos (puede añadirse hoy la unificación alemana), en el mundo colonial y semi-colonial el problema continúa en pie.

La división de Corea, artificialmente creada por el imperialismo; los problemas por constituir una Confederación Indochina; la incumplida unidad nacional del pueblo árabe; la inmensa cuestión africana, fragmentada en Estados que no responden a ninguna realidad económica, política, geográfica, ni siquiera tribal; la necesidad de una Federación Balcánica que armonice los antagonismos étnicos; en suma, la propia cuestión nacional irresuelta en América Latina dice bien a las claras que solo el imperialismo, fundado en sus gigantescos Estados nacionales, puede oponerse, como se opone, a la unidad nacional de los pueblos débiles. Divide et Impera: la fórmula romana sirve aún a quienes la emplean en nuestro tiempo. De donde se deduce que las fórmulas del "internacionalismo obrero" o del estéril "marxismo leninismo", constituyen reglas funestas para entender y obrar en la vida contemporánea de América Latina. ¿Cómo ha sido posible que un instrumento tan fino y dúctil como el pensamiento de Marx haya adquirido semejante tosquedad al atravesar el Atlántico? Baste señalar que la creación de "marxistas leninistas" en tubos de ensayo se manifestó, por ejemplo, en México, cuyo Partido Comunista fue fundado por el japonés Katayama, el hindú Roy y el norteamericano Wollfe. En la Argentina, el italiano rusificado Codovilla imprimió al partido respectivo un indeleble sello de ajenidad y lo instaló en el último medio siglo en la órbita oligárquica.

En América Latina el nacionalismo no es separable del socialismo ni de la democracia. Tales aspiraciones indisociables reflejan de modo combinado las claves de su necesario salto histórico hacia la Revolución unificadora y la liberación social de toda explotación; sin ellos no podemos reconocer ni explorar la historia enterrada en nuestra tierra dolorosa y dividida.

Para concluir: el presente libro es una tentativa para examinar la vida de América Latina desde múltiples ángulos. Se trata de penetrar en su núcleo interior atravesando la espesa capa de prejuicios que lo ocultaron durante un dilatado período histórico. El autor se dio como objetivo escrutar "la Nación sin historia", analizar su olvidada trama, verla como un todo sufriente y viviente y estudiar las fuerzas nacionales que ha engendrado.



Procuró llamar a las cosas por su nombre propio o inventarle uno adecuado a su específica naturaleza, pues, como decía el padre Acosta en una carta al Rey:

"A muchas destas cosas de Indias, los primeros españoles les pusieron nombres de España".

Buena lección para no repetirla con la historia, la sociología y las ideas de la América Criolla: el lector no contemplará aquí leones calvos, sino la bestia soberbia que los quechuas llamaron puma.

JORGE ABELARDO RAMOS

